TECNICAS MODERNAS Y PROBLEMAS DE CIVILIZACION

POR

D. DUBARLE, O. P.

Al terminar la primera guerra mundial, empiezan a presentirse algunos rasgos de nuestro porvenir. No ciertamente bajo la forma de determinaciones seguras, sobre las que pudieran contar las naciones para definirse sin ambigüedades sus legítimas aspiraciones y sus empresas razonables. Ninguna nación puede decirse a sí misma: «Hoy haré esto; mañana me propondré lo otro», sin tener en cuenta los posibles cambios de situación, las súbitas violencias de la Historia. Han vacilado demasiadas cosas en el mundo, se han desencadenado en él demasiadas fuerzas incontroladas, que no han podido encontrar todavía su equilibrio, para que un pueblo, sea el que fuere, pueda hacer fructificar en seguridad los recursos que Dios, la Naturaleza y su propia historia le han proporcionado. En este sentido, nuestro tiempo es un tiempo de incertidumbre y de amenazas.

Sin embargo, en el plano un poco más elevado de los grandes hechos inscritos—más allá de las diversidades nacionales—en la totalidad de las cosas humanas, empieza a perfilarse un cierto número de condiciones. Estas condiciones se presentan ya con la suficiente nitidez para que sean dignas de ser tomadas en cuenta. No nos dan una solución para nuestros problemas, pero nos aclaran la manera en que estos problemas se nos presentan, dejándonos además la responsabilidad de las inspiraciones y de las iniciativas, de

las que depende, para bien o para mal, el destino del mundo actual. Débil contribución a los esfuerzos que esta tarea nos exige, las siguientes consideraciones no pretenden otra cosa más que trazar un ligero bosquejo de los elementos de una de estas condiciones y de los problemas que nos plantea.

* * *

1.—Una civilización no consiste en un simple desarrollo de la técnica. Muchos de entre nosotros están tan convencidos de esto, que, de todo lo que el hombre lleva consigo, consideran el capital técnico como la menos noble, la más secundaria de sus riquezas. No están muy lejos de juzgar a la técnica—demasiado unida al trabajo de la materia y a la consecución de ventajas económicas—de la misma manera que el alma griega juzgaba a la obra servil y sus sujeciones. Sin embargo, la Historia nos enseña que puede moderarse este juicio y mirar a la técnica con ojos menos desdeñosos que los de aquellos filósofos de la antigüedad. El desarrollo técnico no es una civilización por sí solo. Pero no deja de haber una profunda relación entre el estado global de las actividades humanas que tienden a sacar partido de la naturaleza material y el desenvolvimiento de los valores superiores del espíritu. Sería naturalmente absurdo pensar aquí en una correspondencia directa y necesaria entre los dos. En muchos casos, un cuidado demasiado inmediato por el bienestar material y el progreso técnico puede sofocar el resto y atraer el ocaso de la verdadera civilización. Pero a pesar de estas degeneraciones, siempre posibles y demasiado frecuentes, sigue siendo verdad que, en general, las cosas suceden a la par. La historia de la Humanidad, tal como la vemos hoy, traza en su conjunto una línea ascendente tanto de conquistas en el mundo de la técnica como de refinamientos humanos en el dominio del espíritu.

Esto no quiere decir que en la actualidad el estado de progreso técnico deba ser, entre las naciones, la medida del capital espiritual que cada una de ellas detenta. Afirmar esto sería también absurdo. Lo que estamos ahora considerando es algo que se refiere a la Humanidad en su conjunto, no a las diversas naciones que la integran. No es menos cierto que en la vida creciente de la Humanidad el aumento de las capacidades técnicas trae consigo una necesidad irresistible de alma, y que a través de tantas miserias, tantos desfallecimientos y tantos crímenes, poco a poco, a lo largo de los siglos, el hombre no ha podido eludir nunca esta llamada. Lo que sabe-

mos de las primeras grandes conquistas técnicas de la Humanidad en la época neolítica—la agricultura, la artesanía especializada, las primeras organizaciones de las sociedades humanas complejas—basta para hacernos adivinar la inmensa renovación de horizontes espirituales que ha acompañado entre los hombres a este avance considerable realizado en el plano más material de su vida.

De la misma manera, no podemos desconocer la fuerza ascensional del espíritu, que, en la Humanidad civilizada a la moderna, interviene simultáneamente al poderoso crecimiento de los recursos técnicos que comenzaron entre nosotros desde nuestra Edad Media europea y se suceden más intensamente desde hace tres siglos. Las mismas críticas que tan duramente hacemos de este mundo dominado por la técnica, la angustia que dejan reflejar tantos escritores contemporáneos en sus novelas de anticipación, no son más que la prueba vehemente de la necesidad espiritual que la presente conquista de los hombres suscita en el alma actual. Si nos representamos de una manera tan viva el desprecio y la posible decadencia de lo que constituye en nosotros el verdadero honor del hombre, es porque no queremos dejar prevalecer este desprecio, porque nos resistimos con todas nuestras fuerzas a semejante decadencia.

* * *

2.—El cristiano sabe, sin embargo, que existe cierto límite en este sentimiento oscuro de una conexión positiva entre el progreso de la técnica y el crecimiento espiritual del hombre. Al traer al mundo los valores de la vida eterna, Cristo—y con El todo lo que es solidario del Evangelio: la propagación de la fe, las obras de la caridad, la vida de la Iglesia—hace surgir en el seno de la Humanidad un elemento de espiritualidad que escapa radicalmente de toda ley condicionada por los progresos materiales del hombre. Del mismo modo que la gracia divina puede hacer de cualquier pobre ser un hijo de Dios más radiante de gloria que el hombre mejor dotado de la tierra, así es poco importante para el cristianismo el hecho de que su intensidad verdadera se conforme o no con las leyes de nuestros adelantos humanos.

Sin embargo, al mismo tiempo que le recuerda al hombre la transcendencia y la libertad de los dones divinos, parece ser que, lejos de quebrantar la constitución natural del orden humano, el cristianismo, tomado en su dimensión histórica, tiende a confirmar este orden de cosas, a darle, incluso, una solidez que quizá no

tendría por sí solo. Cristo no era griego ni romano. Pero quiso nacer en un medio humano desde el que su mensaje pudiera alcanzar fácilmente a aquel sector de la Humanidad en el que el progreso natural estaba más avanzado. Después, una vez que el cristianismo tomó posesión de este mundo antiguo, parcialmente en ruinas, pero renovado y extendido hasta las dimensiones de Europa por las invasiones de los bárbaros, preparó lentamente la mentalidad de los europeos para armar con una nueva fuerza los múltiples recursos de la razón. No fué un azar el que partiera de la Europa cristiana la iniciativa de la moderna conquista de la Naturaleza. Aunque sobrepasase infinitamente todas las perspectivas de la instalación del hombre en esta tierra, también es propia del cristianismo la tarea de ayudar al hombre a sacar todo el partido posible de la creación.

* * *

3.—Pero estas generalizaciones no nos bastan ya. Tenemos, además, que llamar la atención sobre el hecho de que la Humanidad no ha avanzado nunca de una sola vez hacia el progreso técnico. Cada vez que se da un paso importante hacia adelante, se destaca un grupo de la masa humana en activo, grupo al cual le es confiada la tarea de franquear las fronteras esenciales. Este grupo humano realiza sus conquistas por su cuenta, solo y con notable rapidez. El resto del mundo participa del éxito más tarde, lentamente y como siguiendo el ejemplo de los iniciadores. La gran civilización neolítica, que precede a nuestra era histórica, nace en Caldea y en el Bajo Egipto, y sólo más tarde llega al mundo mediterráneo y a las otras partes de nuestro planeta. Entre las naciones de este mundo mediterráneo, Grecia y Roma son las únicas en dar, más tarde, un nuevo paso. Más tarde todavía, Europa será de nuevo la única en dar en el mundo estos pasos hacia adelante que inauguraron el presente estado de la civilización. En materia de progreso humano, no existe nunca uniformidad en los diversos pueblos de la tierra.

De esto se deduce el que, según la marcha natural de los acontecimientos, llegue un momento en que la conquista técnica que sostiene el empuje de una civilización, aporte al grupo humano que la ha realizado la urgencia de nuevos terrenos de actividad al mismo tiempo que una serie incomparable de instrumentos de poder. Ambas aportaciones constituyen la base de las grandes vocaciones imperiales. El avance técnico pone al hombre necesariamente en si-

tuación de conquistador; el retraso, en la situación de un pueblo destinado a ser dominado. Asiria y Egipto, Roma después, por último Europa, desde el fin de la Edad Media hasta nuestros días, ejemplifican esta ley de los hechos humanos.

También, puesto que tanto nos concierne, seríamos insensatos al no recoger las lecciones inscritas para nuestro provecho en los destinos de Europa. Las superioridades técnicas obtenidas de una manera decisiva desde el siglo XIII nos han abierto los caminos del mundo entero y nos han proporcionado los medios de someter a nuestro sistema a todos los pueblos de la tierra. Soñábamos con llevarles el Evangelio y de hecho se lo hemos llevado un poco. Pero junto con el Evangelio les hemos llevado también la conquista y la colonización. Después, infundida lentamente en las duras realidades de esta conquista y esta colonización, les hemos dado algo de nuestra propia civilización. Hoy día la vemos implantada por todas partes, al menos en su aspecto más material: la técnica precisamente, la industria, la economía y los modos de vida que esta civilización lleva consigo.

Hemos sido los conquistadores del mundo. Nuestras naciones europeas han cargado solidariamente con la responsabilidad de un imperialismo nacido de nuestros éxitos materiales. Hoy día sabemos que esta era de expansión específicamente europea ha terminado. Podemos ya empezar a hacer, desde un punto de vista más desinteresado, el balance de nuestras empresas. Hemos hecho saltar los límites geográficos que hace apenas unos siglos encerraban fatalmente a las civilizaciones. Hemos impuesto al mundo entero ciertas bases materiales comunes; en unos sitios más que en otros, pero en todos ellos, según parece, lo suficiente para que los efectos de su influencia se hayan trasplantado de manera definitiva. En el futuro, mucho después de que haya terminado todo lo que queda hoy día de la dominación de las naciones europeas, seguirán vigentes dichos efectos. Esta es la grandeza de Europa, ésta su adquisición imperecedera.

Pero, a pesar de esta grandeza, parece imposible que una conciencia europea un poco elevada no sienta hoy en día cierta vergüenza y cierto remordimiento ante esta obra. Hemos hecho lo que hemos podido, y del modo que nos ha sido posible, como pobres hombres habitados por el pecado a pesar de la Cruz de Cristo. Sin duda no se nos podía pedir demasiado. Pero hoy podemos ver con más claridad los puntos débiles de nuestra obra. Hemos impuesto al mundo cierta común medida material de la vida: una

industria, una economía, una política, un arte militar. Pero no hemos sabido infundir en estas aportaciones, como hubiera sido preciso, valores más espirituales, los de nuestro patrimonio y los de aquellos patrimonios, más humildes tal vez, pero no despreciables, que íbamos encontrando al paso en nuestra irresistible expansión. Hemos destruído mucho. Hemos hecho que se nos cerrasen muchos corazones. Y si hemos sabido pasear bajo todos los cielos nuestras herencias espirituales, es posible que no hayamos escuchado lo bastante, a lo largo de todos estos éxitos, eso que Dios escucha por encima de nuestros ruidos mundanos: la íntima queja con que suena en sus oídos el silencio de las almas oprimidas. Hemos hecho grandes cosas. Pero no hemos sabido hacerlas con el suficiente amor.

Esta es, sin duda, la ley de las conquistas y el juego natural de las fuerzas que determinan los imperios. Tenemos, sin embargo, que ponernos en guardia contra los daños de orden humano que resultan de lo que hoy todavía llamamos las fatalidades de la Historia. Considerando las cosas a primera vista, se diría que la Humanidad se compone de agrupaciones humanas muy diferentemente dotadas para lo que concierne al poder de renovación en la cultura y la vida del espíritu. Cada uno de los grupos parece haberse destacado en un momento dado de la fracción de humanidad más activa y haber tomado la decisión de edificar su propia vida sobre la base, ante todo, de lo adquirido, pero renunciando a poseer en sí las fuentes mismas del progreso. De este progreso ulterior, establecido ya por otros, solamente los resultados y las consecuencias acudirán mucho después a marcar eventualmente y desde el exterior una existencia así edificada. Los pueblos más primitivos no han ido por sí mismos más allá de una meta determinada. Otros pueblos han ido más lejos. Otros conducen todavía el movimiento. De esta manera se produce un cierto escalonamiento.

Si se juzgan las cosas según los documentos que la Historia nos ofrece, este escalonamiento parece estar revestido de gran rigidez y severidad. El impulso de la invención, del progreso, de la conquista, no vuelven a visitar, a lo que parece, a los grupos humanos que, deliberada o inconscientemente—eso es de poca importancia—, se han dejado distanciar. Aquello que les llega, después, de los progresos del hombre permanece en cierto modo para ellos como algo irremediablemente extraño. Lo aceptan y sacan partido de ello, pero no lo incorporan a su vida ni lo continúan. En el mejor de los casos, lo emplean como una especie de envoltura familiar de

su existencia, sin que su alma se deje conmover. Y acontece a menudo que si su alma se conmueve queda destruída, sin que por desgracia subsista en ella la aportación del alma de los creadores.

¿Es ésta una condición irremediable del hombre? Resulta difícil responder a esta pregunta. Pero es posible que esta especie de fatalidad de los destinos colectivos, que separa, uno a uno, los diferentes grupos humanos, provenga ante todo del roce y violencia de los contactos entre el grupo humano más avanzado y los que han marchado con mayor lentitud. Probablemente es injusto y falso hablar de una extinción interna de las facultades humanas entre aquellos grupos que aparecen en posición inferior.

Poseída de su poderío, la parte dominante de la Humanidad piensa que le basta con dominar para llevar a todos su civilización, pero en este caso sólo aporta su poder, nunca su alma. Lejos de ayudar a una participación espiritual más alta y de iniciar en los pasos de su propio genio, bloquea en la inferioridad a los mismos a quienes oprime su fuerza. Y aquello que no lograría destruir del todo la pereza ni el retraso de estos grupos inferiores, queda en peligro de arruinarse sin remedio por la violencia de los conquistadores. Meditando a esta luz sobre la historia de nuestros últimos siglos europeos, podremos convencernos sin esfuerzo de todo el inconsciente orgullo de la vida que se ha infiltrado a lo largo de nuestra expansión. No hemos amado bastante a los pueblos hacia los que nos empujaban de modo irresistible los progresos materiales y técnicos de nuestra civilización. Y hemos anulado en ellos, tal vez para siglos enteros, la posibilidad de participar no en aquella parte externa de nuestra vida, que es lo que les imponemos, sino en lo que indudablemente es lo mejor de nosotros mismos.

* * *

Ahora bien: en el momento en que hacemos este primer examen de conciencia, nosotros, hombres madurados por la plenitud de civilización europea, no tratamos de hacernos reproches estériles. Vamos a vivir, conscientemente esta vez, una nueva disociación de nuestro propio grupo humano sobre el plano del progreso técnico. El problema estriba en saber si, con ocasión de esta disociación, las viejas fatalidades históricas van a entrar otra vez en juego, o si, por el contrario, vamos a poseer entre todos la cantidad suficiente de alma para cambiar la marcha de la Historia.

Como hombres que somos de la vieja Europa, estamos posible-

mente mal preparados para apreciar la importancia de algunos hechos técnicos recientes. Es imposible hacer un análisis completo de la situación actual en este terreno. Sin embargo, para orientar la reflexión bastan ya algunas sencillas observaciones.

Dos grandes series de acontecimientos científicos y técnicos abarcan los progresos más significativos de nuestra Humanidad contemporánea. El hombre ha conquistado una primera y ya amplia posibilidad de disponer de la energía nuclear. Además está en camino de poseer en corto plazo nuevos recursos que se ofrecen al conocimiento y al control razonado de complejas disciplinas, desde las de la biología hasta las de la sociología. La bomba atómica, por una parte, y por otra la más reciente realización de grandes máquinas calculadoras electrónicas, son las demostraciones más espectaculares de lo que el espíritu humano está a punto de poseer.

Demostraciones de las más espectaculares, pero no de las más importantes. Hasta el presente la conquista de la energía nuclear ha contado ante todo como creación de un nuevo tipo de potencial militar. Sin embargo, detrás de las armas, más difícil sin duda de poner en marcha, pero de resonancias lejanas incomparablemente superiores, está la virtualidad de toda una industria humana. El medio siglo próximo verá normalmente numerosas realizaciones en este sentido. Se están empleando ya grandes esfuerzos para conseguir un uso pacífico e industrial de la energía nuclear. No se puede dejar de pensar que llegarán a renovarse con bastante rapidez numerosos problemas de producción y de economía.

Del mismo modo, la construcción de las grandes máquinas electrónicas y de una manera más general las realizaciones de lo que hoy día llamamos Cybernética, son hechos lo bastante sobresalientes como para llamar la atención del gran público. Sin embargo, parece que habrá que conceder más importancia todavía a la orientación general de las investigaciones que presiden a estos trabajos. Lo que el hombre está tratando de conseguir es la construcción de poderosos dispositivos de información sobre realidades sobremanera complejas. Quiere también conseguir el montaje de dispositivos racionales capaces de controlar procesos bien diferentes de los de la mecánica pura, puesto que esos procesos pueden llevar, en caso de lograrse, las riendas de la humana iniciativa bajo todos sus aspectos. Se bosqueja de este modo una especie de industria del conocimiento y de sus aplicaciones prácticas. Esta industria tendrá por finalidad prolongar el cerebro humano, nada menos que por medio de máquinas, y, en caso necesario, por verdaderas fábricas encar-

gadas de elaborar científicamente unas decisiones a las que el pensamiento no pueda dar directamente su forma racional. Tampoco en este terreno tardará la Humanidad en cerciorarse de la potencia que encierra el instrumento que trata hoy día de proporcionarle su técnica.

Es asimismo un hecho que en lo tocante a estos progresos, que probablemente son esenciales para el futuro de la Humanidad, los diferentes pueblos de la comunidad de civilización europea se encuentran actualmente en situaciones muy diversas. La energía nuclear sólo la posee, y, de manera harto desigual, un pequeño número de estos pueblos. Hay una enorme distancia entre las realizaciones americanas y la pila atómica francesa. Si esto lo vemos de manera menos clara en las investigaciones relativas a las técnicas de información y de control, no existe, sin embargo, la seguridad de que todos los pueblos europeos tengan hoy día la misma conciencia de lo que puede llegar a hacerse en este terreno, ni la misma voluntad de emprenderlo. También aquí el genio americano parece dominar la cuestión desde más altura, y por la simple fuerza material de una más ingenua audacia, secundada por medios más eficaces, parece orientarse hacia la mejor manera de tratar estos asuntos, para los cuales en tantos otros países hay menor interés a causa de un exceso de madurez interior.

Hay, además, pocas probabilidades de que prestando una simple atención intelectual a estas cuestiones pueda reducirse la distancia que tiende a aparecer de esta forma entre los pueblos de antigua y de joven civilización europea. La emulación supondría una cierta igualdad de medios materiales y posiblemente también una determinada voluntad sistemática de coordinar los esfuerzos humanos, que parecen estar fuera del alcance de la mayor parte de los pueblos europeos, que en la actualidad están todavía casi en un plano de igualdad en el campo científico, técnico e industrial. Una diferencia de situación material y un clima psicológico representan también el papel decisivo de factores de ruptura. Un solo ejemplo: los Estados Unidos son capaces de hacer de la investigación científica y del estudio sistemático de sus aplicaciones prácticas una especie de realidad industrial allí donde la vieja civilización europea no ve todavía otra posibilidad que la de una noble artesanía de la personalidad científica o del laboratorio aisladas. Y si, por ejemplo, nosotros los franceses quisiéramos probar estos modos nuevos de abordar las cuestiones, pronto veríamos nuestros esfuerzos limitados por obstáculos materiales, y nuestras realizaciones quedarían

reducidas a dimensiones mucho más pequeñas que las que se dan en otras partes.

No debemos engañarnos: en el interior del grupo de pueblos de cultura europea esto puede dar origen a rupturas entre los niveles de civilización tan importantes como la ruptura sobrevenida, a partir del siglo XIII, entre la Europa cristiana y el mundo islámico, este último netamente sobrepasado por la primera, cuando dos siglos antes sus situaciones parecían casi igualadas. Esto puede, por tanto, determinar eventualmente la aparición, incluso entre nosotros, de nuevos imperialismos que nacerían bajo nuevas formas y amenazarían con reducir pura y simplemente a la dominación y colonización a una parte considerable de lo que todavía constituye una comunidad única.

Después de todo, no es inútil el meditar sobre la eventualidad histórica que haría de la Europa occidental una serie de pueblos retrasados, manejados por una soberanía extranjera y por hombres de una cultura que habría llegado a ser prácticamente inaccesible. Los simples fenómenos de progreso técnico y sus consecuencias históricas bien pueden venir a parar en esto. Es imposible tratar de defenderse de ello por la fuerza, ya que es precisamente la fuerza lo que les falta a aquellos de entre nosotros a quienes esta eventualidad amenaza. Si la situación fuera distinta, no sería ningún problema el crear lo que otros están creando en este momento.

¿No nos queda entonces otro camino más que el doblegarnos ante la determinación ineluctable de las cosas que no están en nuestras manos y aceptar—¿quién sabe?—como un justo castigo el que la vieja Europa se vea un día reducida a la condición a la que redujeron a otros pueblos tantas de sus empresas? A decir verdad, esta eventualidad es poco deseable, no sólo por la misma Europa, sino por la Humanidad entera. Pero sea cual fuere su amenaza, puede evitarse, por lo menos en determinadas condiciones, cuya realización constituye precisamente, hoy en día, una de las mayores tareas de nuestra civilización.

* * *

La expansión demasiado brutal de las civilizaciones fuertes a través de un mundo humano menos adelantado y menos poderoso ha causado espiritualmente muchas ruinas. Hoy todavía un alma lúcida no puede por menos de sentir una profunda tristeza ante

esos despojamientos y opresiones de valores humanos que podrían haberse salvado y desenvuelto en el seno de una civilización más afortunada. Pero sería un verdadero desastre para la Humanidad si todo aquello de que son portadores los pueblos de la vieja civilización europea llegase un día a ser desconocido y como suprimido por grupos humanos más avanzados técnicamente, y que apareciesen como conquistadores, como lo han sido hasta hoy los grandes conquistadores de la Historia. Porque a pesar de sus deficiencias y de sus faltas, que son ciertamente numerosas, esta civilización de la vieja Europa lleva consigo una aclimatación de la inteligencia a las cosas humanas y, justo es decirlo también, una fermentación de la levadura evangélica en su existencia terrenal, como ninguna otra civilización ha sabido llevar. Esta es una de las razones de nuestra esperanza en el futuro.

La comunidad de pueblos de civilización europea no puede, sin embargo, confiarse en una esperanza pasiva y en deseos platónicos. Las fatalidades históricas no existen, si la conciencia humana y si los recursos del corazón se emplean en conjurar la amenaza. Pero es necesario que se empleen con todas sus fuerzas. Nuevos deberes mutuos incumben a los pueblos que están ligados por su comunidad de orígenes espirituales. Importa mucho que sepamos discernir la naturaleza de esos deberes y que tomemos todos la resolución de obedecerlos.

Es poco probable que la solución de nuestros problemas y que el mantenimiento de nuestra comunidad de civilización puedan ser obtenidos por una simple tentativa de igualdad material de los diferentes países, dando a cada uno una especie de potencial de progreso científico, técnico o industrial proporcionado a su importancia en el conjunto. Las cosas no se hacen así entre los hombres, y lo importante es dejar a cada pueblo un amplio margen para aportar sus fuerzas según los recursos de su genio, unos más, otros menos, según estén más o menos preparados para la creación de este orden. Un plan común, razonablemente coordinado, de los trabajos humanos sería ciertamente la mejor solución. Aunque todos los países no pueden llevar a cabo un esfuerzo original y creador en todos los dominios actuales de la investigación y del progreso técnicos, es indudable que cada uno de ellos puede ocupar con provecho un puesto en algún sector de actividad, aportando a él una auténtica contribución creadora. Sería sin duda quimérico pensar que podría surgir una organización perfecta, apta para

funcionar, de las deliberaciones de un congreso (1). Sin embargo, parece que nuestra Humanidad civilizada tiende a llegar, a pequeños pasos, a una solución de este género. ¡Quiera Dios que el peso de los sentimientos particularistas no retrase demasiado los esfuerzos de todos por llegar a esta meta común!

Pero tal vez no sea eso lo esencial. A pesar de toda la organización, por excelente que ésta sea, no puede dejar de hacer de nuevo aparición la diferencia de situación de los pueblos que tratan de anudar sus lazos comunes. Esta diferencia se mostrará siempre potencialmente decisiva en el plano de las relaciones de fuerzas materiales. Cierto que podrían hacerse muchas cosas para evitar estos desequilibrios de poder: no dejará de existir el hecho de que unos poseerán con más facilidad que otros los elementos primordiales. Probablemente es aquí donde se trata de inventar algo nuevo entre los hombres: una especie de realidad política de la generosidad. Sabemos ya que, en ciertos aspectos, como por ejemplo el de la economía, la Humanidad ha llegado prácticamente a esa solución. Hoy en día no hay nada que pueda funcionar correctamente en una economía mundial si se la quiere dejar desenvolverse sobre la base de los principios puramente mecánicos del pasado. Es preciso que unas iniciativas teñidas de generosidad le impidan a esta economía el quedar bloqueada, cada vez más, entre sus demasiado rígidos mecanismos. Esto es lo que han comprendido los Estados Unidos al inaugurar de diferentes maneras la «economía del don», hecho de una significación filosófica y de un valor espiritual mayores de lo que parecen a primera vista. Es probable que pronto veamos generalizarse en el mundo la necesidad y la existencia de estas iniciativas de «don» y de generosidad, y no sólo en el terreno económico, sino también en los más amplios de todas las relaciones humanas. No es imposible que se llegue así a una nueva orientación del comercio espiritual entre los hombres. Y es de esperar que así suceda.

No hay que pensar, en efecto, que podríamos contentarnos con una generosidad en sentido único, haciendo de los unos los iniciadores de esta política y de los otros simples beneficiarios. De este modo llegaríamos bien pronto a un parasitismo tan destructor como la opresión por la fuerza. Pero es posible descubrir entre los pueblos, como entre los hombres, reciprocidades de generosidades que

(1) El primer Congreso de Cooperación Intelectual organizado por Cultura Hispánica, en el cual fué leída esta ponencia.

se ejercerían sobre planos diferentes y asegurarían a todos las ventajas de un esfuerzo sin el cual no podría existir la verdadera comunidad humana.

Son éstas, tal vez, ideas utópicas para un mundo duro en el que las cuestiones de fuerza material se plantean todavía tan brutalmente, en un mundo en el que el espíritu belicista sigue latiendo como un fuego apenas contenido. Y, sin embargo, estas ideas son las que están más en armonía con las de nuestra fe católica. Y son además ideas cuya seriedad no tarda en imponerse, una vez que se vea claro el hecho de que no hay otro medio del que podamos disponer si queremos mantener esta comunidad de civilización que es todavía la nuestra.

He aquí nuestra misión. Nuestro mérito será posiblemente el legar al mundo el ejemplo de una nueva forma de unidad humana, creada en lo sucesivo de una manera más libremente espiritual que aquellas otras a las que llegan las espontaneidades de la Historia o las decisiones de la fuerza.

D. Dubarle, O. P.
29 Boulevard de la Tour-Maubourg.
PARÍS (VIIème).